PROMOTION!

ART and STORY by
Salvador Moreno Pardines

CAPÍTULO 12

(CC)Salvador Moreno Pardines, 2021
Publicado de acuerdo con BiteStudios
https://bitestudios.gitlab.io/

Fecha de publicación digital: 27 de septiembre de 2021, Alicante (España)

Promotion (2021), escrita por Salvador Moreno Pardines, está bajo una licencia de Creative Commons - Reconocimiento - NoComercial - 4.0 Internacional.
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es

12

Shinji había regresado con paso ligero hasta el despacho. El discurso de su superior lo había puesto nervioso. Mucho. Por eso, cuando vio aquel embalaje en el centro de la sala, removió las cajas de comida que tenía esparcidas por el escritorio y los restos de plástico fueron a la papelera. Quería tenerlo despejado para colocar el paquete que estaba arrojado en el suelo lo antes posible. Su compañero Wu se desesperaba viéndolo hacer las cosas y tuvo que intervenir, pues, si lo dejaba terminar, ocurriría una desgracia.

Por el contrario, Zell se mantenía un poco al margen. Seguía dándole vueltas a las palabras que mencionó el mánager sobre la primera prueba del PMR. ¿Cómo llegaron a ese punto tan radical? Ninguno de ellos lo sabía. Lo que más le molestaba, sin lugar a duda, era la interrupción de datos

durante la subida de archivos al ordenador central. Eso lo estaba preocupando demasiado, puesto que el programa acababa de comenzar.

—¡Zell! ¡Ayúdanos!

Él seguía apoyado en la pared inmerso en sus pensamientos.

—¡Hey! ¡Hey! Tierra llamando a Zell Wayne. ¿Me oye alguien? —Soltó con burla alzando poco a poco la voz.

Wu terminó de mover la caja que estaba en el suelo y fue hasta su amigo. Al ver que sus avisos, con gritos incluidos, no hicieron ningún efecto en él, aprovechó y le dio unos golpes en la espalda. Necesitaba que espabilara.

—Perdona, Wu —suspiraba—. Hay cosas que sigo sin entender de todo este "circo".

Abandonó aquella postura relajada que tenía plasmada en la pared y anduvo hacía el escritorio de Shinji. «¿Por qué debe acabar todo en la mesa de él» se dijo a sí mismo mentalmente para evitar que el resto lo escuchara. Echó una ojeada al resto de la estancia y se dio cuenta que tampoco estaba para tirar cohetes. Zell no comería comida derramada de su mesa de trabajo ni muerto. La limpieza tampoco se situaba en su lista de habilidades destacadas. Y mucho menos en la de los otros dos. Eran tal para cual en ese aspecto. No había ninguna duda. Incluso se planteó un cambio de

aires una vez que acabara esto. La suciedad los estaba devorando.

—Maldita sea… Solo tenemos una placa base MicroByte 24601m —decía mientras revisaba aún más en el interior del cartón.

—Aquí faltan piezas —respondió uno de ellos inmediatamente.

Al cabo de unos cinco minutos, el líder cayó en la cuenta de las palabras del mánager: «Diez medallones; cinco parejas de componentes y cinco ordenadores» pensó una y otra vez hasta procesar toda la información.

Estaba claro que aunque él fuera el seleccionado para dirigir a su equipo, la realidad era que, de vez en cuando, los datos importantes se le escapan por no prestar la atención suficiente. No obstante, le contó a sus amigos las reglas de la prueba número uno. A Shinji se le descompuso la cara. Jugar al escondite nunca había sido uno de sus pasatiempos favoritos. Lo reconocía abiertamente.

—¡Quita esa expresión de derrota! —Gritó Wu.

—Lo siento.

—No te disculpes. Estás en tu derecho de preocuparte. Yo lo estaría.

Su amigo resopló y se cruzó de brazos.

—Necesitamos el procesador y llegar a la sala de usos múltiples con rapidez.

El pasillo principal de la tercera planta destacaba por su silencio sepulcral en ese instante. El susurro del viento al otro lado de los cristales producía una simbiosis perfecta que, a diversas horas del día, podía hacer que sintieras un miedo intenso hasta en los huesos. Algunos empleados tenían la creencia de que esa zona estaba maldita porque se oían voces ir y venir constantemente. Además, el gran cuadro tétrico que colgaba, en una de las paredes más claras, no invitaba demasiado a no pensar en aquellas historias que circulaban por la empresa. Las historias yendo de un lado a otro se convertían en armas muy peligrosas… Como muchos de los jefes que había aquí.

Quistis esperaba en una de las esquinas a que llegaran sus compañeras, ya que estaba vigilando para que nadie las siguiera. Ellas localizaron un despacho entreabierto y no dudaron ni un segundo en echar un vistazo dentro. Miraba su reloj una y otra vez con preocupación desde hacía un buen rato. Solo les quedaba una hora y media para que se acabara la prueba. Por esa razón, cada vez que la manecilla avanzaba unos milímetros, su mente se volvía más histérica y el parpadeo era más constante. Un grito desgarrador que no reconocía fue captado por ella de repente. Todos los

pensamientos que tenía en la cabeza se disiparon en un instante. Su cuerpo se quedó petrificado ante aquello, pues ¿quién pensaría en oír tal cosa en una oficina? Poca gente al menos.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntaba Leah bastante preocupada.

—No lo sé —se encogía de hombros—. Estoy igual que tú.

En una de las intersecciones apareció corriendo un grupo de personas como si les fuera la vida en ello. Ocurrió tan rápido que tan solo se fijaron en un "manchurrón" negro que desapareció al cabo de dos segundos. Las chicas se miraron a los ojos las unas a las otras con una pizca de duda. La líder aceleró su paso lentamente para alcanzar el final del pasillo. Quería saber qué había pasado y no se lo pensó dos veces. Las demás la siguieron sin mostrar oposición alguna.

Cuando llegaron a la esquina, una joven de pelo rubio y ojos azules como el lapislázuli estaba tirada en el suelo dolorida. Tenía parte de la camisa de seda rasgada y marcas en el brazo derecho. También, algunas zonas de la cara estaban amoratadas e hinchadas. Por suerte, no había restos de sangre por ninguna parte. Chelsea reaccionó de forma violenta al ver dicha escena. ¿La conocía? Sus amigas no lo sabían.

—¡Noelia! —Exclamaba mientras apartaba Quistis de su camino—. ¿Qué te han hecho?

La chica fue incorporándose en una de las paredes hasta que dejó de sentir molestias en el cuerpo. Aparecieron más signos de violencia plasmados en su piel y esto hizo que arrugara la frente como señal de enfado. Cuando llegó hasta ella, la agarró del hombro y revisó si había alguna marca más escondida. Sin embargo, no encontró nada que la hiciera preocuparse más.

—Esto es más peligroso de lo que me imaginaba…

Esa frase había alertado al grupo porque podrían ser víctimas al igual que esta persona. Y viendo la gravedad de la confrontación… Si iban separadas no tendrían muchas posibilidades.

—¿Dónde están tus colegas? —Preguntó Leah mirándola a los ojos.

Desvió las pupilas hacia la izquierda antes de responder.

—Me dejaron sola. Tuvimos una pequeña discusión y me quedé tirada. —Suspiraba profundamente—. Entonces, como venganza hacía ellos, me llevé una parte del *hardware* para que supieran lo que era bueno.

Ahora todo cobraba sentido. El mero hecho de separarse del equipo te convertía en una presa fácil para los demás. Y, desgraciadamente, ella lo

había sufrido en sus propias carnes. ¿Qué le contaría a sus compañeros cuando la encontraran? Ni la pobre Noelia lo sabía. Estaba bloqueada, asustada y sin ganas de seguir.

Chelsea le lanzó un gesto a Quistis para que la ayudara a levantarla del suelo. Si continuaban allí serían carne de cañón y aquello sí que se convertiría en un problema gordo. Visto lo visto, había que largarse de allí ya. Una vez que la pusieron de pie, les pidió que la soltaran. Los dolores eran un poco intermitentes todavía, pero su mente tenía que olvidarse de las molestias y comenzar a caminar. Desde fuera se la veía muy desmejorada… Había marcas por todas partes. Quien hiciera esto, se desahogó con ella demasiado. Y por más que pensaran en alguien, no tenían ninguna pista clara realmente. Lo más sencillo hubiera sido preguntarle a Noelia. Pero reiteró en más de una ocasión, mientras la acompañaban, que durante el asalto le colocaron una bolsa negra en la cabeza. Sus luces se apagaron y con la tensión del momento no recordaba el tono de las voces. Las chicas del equipo cinco cada vez se encontraban más sorprendidas, puesto que no se imaginaban que el resto de los empleados actuara de una forma tan agresiva.

—Está claro que no van a cortarse ni un pelo si nos pillan.

Una de ellas suspiró profundamente antes de responder.

—Sí… Y dentro de lo malo, esta chica ha tenido mucha suerte —decía Leah señalando a la joven de pelo rubio.

Empezaron a pensar por qué había dicho aquello su compañera, ya que, por lo visto, no caían en la conclusión de un aspecto sumamente importante. En cambio, Leah había decidido aguantar la espera unos segundos para que el resto meditara. No les iba a dar todo mascado y en bandeja de plata. Chelsea cambió su rostro de repente y respondió con prontitud:

—¡Eso es! —Respondió emocionada.

Se detuvo en frente de su amiga y la sujetó de los hombros.

—No llevarás contigo el medallón, ¿verdad?

Noelia evitó la mirada cuando terminó de escuchar la pregunta.

—Pues… —Empezó a palpar cada uno de los bolsillos ocultos de pantalón vaquero ajustado y, tras varios intentos, sacó de uno interior su medalla con un color rojo rubí intenso. En la parte frontal había un siete romano grabado con sumo detalle. Pero, debido a la caída que sufrió, una de las esquinas del hexágono estaba agrietada y esto asustó a su portadora.

—Me lo temía. Has tenido mucha suerte.

—Ya no tenemos nada que hacer —contestaba Noelia con resignación.

El sonido de un cristal rompiéndose a pedazos se escuchó cerca de donde estaban. Sus cuerpos no se movieron ni un centímetro y observaron sin cesar a su alrededor. La chica rubia guardó rápidamente su medallón y se puso tensa del miedo. Los trozos diminutos del suelo eran machacados por las zancadas que se aproximaban y un cosquilleo desagradable ascendía por sus espaldas. Aquellos pasos eran más y más perceptibles conforme pasaban los segundos. No tenían otra alternativa: habían sido víctimas de una trampa.

Bob ordenaba sus libros de GDScritp, un lenguaje informático bastante reciente, que tenía apelmazados en una de las estanterías de su habitación. La sala era pequeñita y acogedora. Sin embargo, la poca falta de luz natural que poseía, a veces, generaba una sensación de claustrofobia algo intensa. Esto no le suponía un problema a él, ya que llevaba en el puesto casi ocho años y su mente se había adaptado.

En sus horas muertas de mantenimiento se cruzaba con Casey por los pasillos, o por el vestíbulo. No existía un intercambio de palabras muy extenso desde aquel día. Una jornada que se que-

daría en la memoria de Bob hasta la actualidad. Esos momentos en los que programaban todos juntos y compartían elogios y reproches, los echaba de menos. Tal vez, esa necesidad que sentía lo había convertido en una persona seria y fría. Pero su mente y su corazón continuaban siendo los mismos como lo eran hace una década.

Mientras guardaba los últimos libros que había sacado para quitarles el polvo, desde su puerta podía escuchar a varios de los trabajadores moverse de un sitio a otro sin descanso. El PMR había comenzado hace media hora y los nervios salían a la luz. «Si ellos supieran...» se decía a sí mismo. Este tipo de pruebas podían ser capaces de sacar lo peor de cada uno si las cosas se salían de control. Que se lo dijeran a él. Cuando ese recuerdo cruzó por su mente a toda velocidad, anduvo hasta su escritorio que estaba iluminado por un flexo de color morado. En la parte derecha, cerca del monitor, había una foto de su amigo Jacky colocada ahí. Su mirada se perdió en aquella imagen. Su conciencia deseaba volver a ese momento y se sumió en sus propios recuerdos.

CONTINUARÁ…

Contacta con nosotros:
@bitestudios2020 (Twitter)
bitestudios2020@gmail.com